



La selva de Sebastián

Había una vez un niño llamado Sebastián. Era simpático, alegre... y muy, muy perezoso.

—¡Sebastián, recoge tus libros! —decía su padre.

—¡Ahora no! ¡Estoy jugando a ser astronauta!

—¡Sebastián, ordena tus juguetes! —decía su madre.

—¡Después! ¡Mi oso piloto está aterrizando en Marte!

Cada día dejaba el pijama en el sofá, los zapatos en el pasillo y el vaso de leche sobre la mesa. No quería hacer nada de lo que le pedían.

Hasta que una mañana, al despertarse, Sebastián notó algo extraño... Había lianas colgando del techo, plantas por todas partes, un mono le robó el desayuno y una rana llevaba uno de sus zapatos.

—¡Pero esto es una selva! —gritó Sebastián.

Una jirafa se quitó el cepillo de dientes de la boca y respondió:

—Claro que sí. Dijiste que querías hacer solamente lo que te diera la gana. Pues ahora vives en la selva.



Al principio, a Sebastián le pareció divertido. Subía a los árboles para ir al colegio, comía plátanos a todas horas y nadie le pedía que recogiera nada. Pero pronto todo se convirtió en un lío.

No encontraba la mochila porque estaba llena de hormigas. Los libros aparecían rotos, los loros no lo dejaban dormir y, cada vez que quería sentarse, ¡había un hipopótamo en el sofá!

—Echo de menos mi casa... pero ordenada, tranquila y sin cebras en el baño —suspiró.

Entonces gritó con todas sus fuerzas: —¡Esto no es mi casa, esto es una selva!

De repente, las lianas desaparecieron, las hormigas se marcharon y la rana le devolvió el zapato. Cuando abrió los ojos estaba otra vez en su habitación, tan desordenada como la había dejado.

—Esta vez empezaré por recoger los cojines —dijo sonriendo.

Desde aquel día, Sebastián siguió jugando, imaginando y convirtiéndose en superhéroe, pero también aprendió a cuidar lo que lo rodeaba.

Enseñanza del cuento

Colaborar en casa y mantener nuestras cosas ordenadas nos ayuda a vivir con calma, encontrar lo que necesitamos y disfrutar mejor del tiempo de juego.